

Cartas de san Bruno de Colonia

* * *

I. Carta de san Bruno a su amigo Raúl el Verde

1. Al venerable señor Raúl, deán del Cabildo de Reims, digno del más sincero afecto, envía Bruno un cordial saludo.

La fidelidad a una vieja y probada amistad es por tu parte tanto más admirable y digna de encomio, cuanto que rara vez se encuentra entre los hombres. Ni el tiempo, ni las distancias, que tan alejados han mantenido nuestros cuerpos, han sido capaces de arrancar de tu ánimo el afecto hacia tu amigo. De ello me has dado suficientes pruebas, no sólo en tus encantadoras cartas, llenas de tan gratas muestras de amistad, sino también en los abundantes favores que me has prestado a mí personalmente y a fray Bernardo por mi causa, y en otros muchos detalles. Reciba por ello tu bondad nuestro agradecimiento, que si no iguala a tus méritos, nace al menos de la fuente pura del amor.

2. Hace algún tiempo te enviamos una carta con un peregrino que se había mostrado bastante fiel en otros mensajes; pero como no le hemos vuelto a ver desde entonces¹, nos ha parecido mejor ahora enviarte a uno de los nuestros que, de palabra y con todo detalle como no podríamos hacerlo por escrito², te explique la vida que aquí llevamos.

3. Te comunico en primer lugar, creyendo que no dejará de agradarte, que en lo tocante a la salud del cuerpo y en los negocios temporales todo va a la medida de mis deseos. ¡Ojalá ocurriera lo mismo en los asuntos del alma! Espero, sin embargo, y pido al Señor, que su mano misericordiosa sane mis flaquezas interiores³ y colme mi anhelo con sus bienes.⁴

4. Vivo en un desierto de Calabria, bastante alejado por todas partes de todo poblado. Y conmigo viven otros hermanos religiosos, muy eruditos algunos, que, como centinelas divinos, esperan la llegada del Señor, para abrirle apenas llame⁵. ¿Cómo describirte dignamente la amenidad del lugar, lo templado y sano de sus aires, sus anchas y graciosas llanuras, que se extienden a lo largo entre los montes, con verdes praderas y floridos pastos? ¿O la vista de las colinas que se elevan en suaves

¹ Cf. Gn 44, 28.

² Cf. 3 Jn 13.

³ Sal 102, 3 (Vg).

⁴ Sal 102, 5 (Vg).

⁵ Lc 12, 36.

pendientes por todas partes, y el retiro de los umbrosos valles con su encantadora abundancia de ríos, arroyos y fuentes? Tampoco faltan huertos de regadío, ni árboles de abundantes y variados frutos.

5. Mas ¿para qué detenerme tanto en estos temas? Otros son los deleites del varón sabio, más gratos y útiles, por ser divinos. Sin embargo, estas vistas sirven frecuentemente de solaz y respiro a nuestro frágil espíritu, cuando está fatigado por una dura disciplina y la continua aplicación a las cosas espirituales. El arco siempre armado, o flojo o quebrado.

6. Cuánta utilidad y gozo divino traen consigo la soledad y el silencio del desierto a quien los ama, sólo lo conocen quienes lo han experimentado.

Aquí pueden los hombres esforzados recogerse en su interior cuanto quieran, morar consigo, cultivar sin cesar los gérmenes de las virtudes y alimentarse felizmente de los frutos del paraíso. Aquí se adquiere aquel ojo limpio, cuya serena mirada hiere de amores al Esposo⁶ y cuya limpieza y puridad permite ver a Dios⁷. Aquí se vive un ocio activo, se reposa en una sosegada actividad. Aquí concede Dios a sus atletas, por el esfuerzo del combate, la ansiada recompensa: la paz que el mundo ignora⁸ y el gozo en el Espíritu Santo.⁹

Esta es aquella Raquel, de hermoso aspecto, más amada de Jacob, aunque menos prolífera que Lía, más fecunda, pero legañosa¹⁰. En efecto, los hijos de la contemplación son menos numerosos que los de la acción, pero José y Benjamín son más queridos de su padre que los otros hermanos.¹¹

Esta es aquella mejor parte que eligió María y nunca le será quitada.¹²

7. Es también aquella bellísima Sunamita, única doncella hallada digna en todo Israel de mimar y dar calor a David ya anciano¹³. ¡Ojalá, hermano carísimo, la amases tú por encima de todo y al calor de sus abrazos te inflamases en el amor divino! Cuya llama, si una vez prendiera en tu alma, pronto te haría despreciar la gloria del mundo con toda su halagadora y falsa seducción. No sentirías ninguna dificultad en abandonar las riquezas, fuente de preocupaciones y pesada carga para el alma, sino que más bien experimentarías verdadero fastidio por los placeres, tan nocivos al cuerpo como al alma.

8. Harto conocida es para tu prudencia esta frase: *“Quien ama al mundo y a las cosas mundanas – placeres de la carne, concupiscencia de los ojos y ambición – no está poseído del amor del Padre”*¹⁴. Y esta otra: *“El que quiere ser amigo del mundo se constituye en enemigo de Dios”*¹⁵. ¿Puede haber mayor iniquidad, mayor insensatez y locura, cosa más perniciosa y desgraciada que el pretender crearse enemistades con Aquel cuyo poder es irresistible y cuya justa venganza nadie puede evitar? ¿Es que somos más fuertes que él¹⁶? ¿Podemos creer que su paciencia, tan misericordiosa, que ahora nos invita a la penitencia, no castigará finalmente cualquier injurioso desprecio nuestro? ¿Qué mayor perversidad, en efecto, qué mas contrario a la razón, a la justicia

⁶ Cf. Ct 4, 9.

⁷ Cf. Mt 5, 8.

⁸ Cf. Jn 14, 27.

⁹ Rm 14, 17.

¹⁰ Cf. Gn 29, 17-18.

¹¹ Cf. Gn 37, 3-4; 46, 19; 42, 4.

¹² Lc 10, 42.

¹³ Cf. 1 R 1, 2-3.

¹⁴ 1 Jn 2, 15.

¹⁵ St 4, 4.

¹⁶ 1 Cor 10, 22.

y a la misma naturaleza, que amar más a la criatura que al Creador¹⁷, correr tras lo perecedero olvidando lo eterno y anteponer los bienes terrenos a los celestiales?

9. ¿Qué piensas hacer, carísimo? ¿Qué otra salida te queda sino seguir los consejos divinos y creer a la Verdad que nunca engaña? Pues bien, ella nos da este consejo: *“Venid a mí todos los que sufrís y estáis cargados, que yo os aliviaré”*¹⁸. ¿Y no es un sufrimiento molesto e inútil verse atormentado por la concupiscencia y afligido sin cesar por preocupaciones, ansiedades, temores y dolores, originados por tales deseos? ¿Y qué carga tan pesada como la que despeña el alma de la alta torre de su dignidad para hundirla en la sima de la mayor bajeza, contra toda justicia? Huye, pues, hermano mío, de tales molestias y miserias, y sal del tempestuoso mar de este mundo para entrar en el reposo tranquilo y seguro del puerto.

10. Conocida es también para tu prudencia la frase de la misma Sabiduría: *“El que no renuncia a todos sus bienes, no puede ser mi discípulo”*¹⁹. ¿Quién no ve cuán hermoso y útil, e incluso cuán agradable es asistir a su escuela bajo la dirección del Espíritu Santo, para aprender la divina filosofía, única fuente de verdadera dicha?

11. Merece, pues, la pena que tu prudencia medite y pese atentamente estas razones. Y si no te basta la invitación del amor divino, si no te mueve la utilidad de tan grandes premios, te debe impulsar al menos el temor de sus inevitables castigos.

12. Ya sabes con qué promesa estás ligado y a quién. Es todopoderoso y terrible el Señor al cual te has ofrecido a ti mismo en voto, como ofrenda grata y aceptable. No puedes faltarle a la palabra, ni te conviene, pues no permite que se burle nadie de él impunemente.²⁰

13. ¿Te acuerdas, amigo mío, del día en que nos encontrábamos juntos tú y yo con Fulcuyo el Tuerto en el jardincillo contiguo a la casa de Adam, donde entonces me hospedaba? Hablamos, según creo, un buen rato de los falsos atractivos del mundo, de sus riquezas perecederas y de los goces de la vida eterna. Entonces, ardiendo en amor divino, prometimos, hicimos voto y decidimos abandonar en breve las sombras fugaces del siglo para captar los bienes eternos, y recibir el hábito monástico. Y lo hubiéramos llevado a efecto enseguida si Fulcuyo no hubiera partido a Roma, para cuya vuelta aplazamos el cumplimiento de nuestras promesas. Como él tardó y se mezclaron otros asuntos, nuestros ánimos se resfriaron y se desvaneció nuestro fervor.

14. ¿Qué te queda por hacer, carísimo, sino librarte cuanto antes de tan gran deuda para no incurrir en las iras del Todopoderoso y en los tormentos eternos, por haber faltado tanto tiempo a tan graves promesas? ¿Qué soberano dejaría impune a uno de sus súbditos que le defraudara en un servicio prometido, sobre todo tratándose de algo para él muy estimado y de gran precio? Así, pues, cree no sólo a mis palabras, sino a las del profeta, mejor dicho, a las del Espíritu Santo, que te dicen: *“Haced votos al Señor vuestro Dios, y cumplidlos fielmente, todos cuantos estáis a su alrededor y le presentáis ofrendas; al Dios terrible, que quita el aliento a los príncipes y también es terrible con los reyes de la tierra”*²¹. Oyes la voz del Señor, la voz de tu Dios, la voz del terrible que quita el aliento a los príncipes y también es terrible con los reyes de la tierra. ¿Por qué inculca tanto el Espíritu de Dios todo esto, sino para urgirte vivamente a cumplir las promesas de tu voto? ¿Por qué te retrasas en pagar una deuda, que no te ocasiona ninguna pérdida ni disminución de tus bienes, sino que te procura a ti mayores ganancias que aquel a quien haces el pago?

¹⁷ Cf. Rm 1, 25.

¹⁸ Mt 11, 28.

¹⁹ Lc 14, 33.

²⁰ Cf. Ga 6, 7.

²¹ Sal 75, 12-13 (Vg).

15. No te detengan, pues, las falaces riquezas, que no pueden remediar tu indigencia, ni tampoco la dignidad de tu deanato, que no puede ejercitarse sin gran peligro para tu alma. Porque, permíteme que te lo diga, sería una acción tan odiosa como injusta convertir en tu propio uso bienes ajenos de los que eres simple administrador, no propietario. Y si el deseo de brillo y gloria te lleva a mantener muchos criados, ¿no te verás obligado a robar de algún modo a unos lo que repartas a otros, por no bastarte tus bienes legítimos? No es esto ser bienhechor y liberal, pues no hay liberalidad si no se respeta la justicia.

16. Quisiera además persuadirte, amigo mío, que no debes desoír el llamamiento de la caridad divina poniendo por excusa el servicio que prestas al señor arzobispo, que tanto confía y se apoya en tus consejos. No siempre es fácil dar consejos útiles y justos. La caridad divina, en cambio, es tanto más útil cuanto más justa. Porque, ¿qué hay tan justo y tan útil, qué hay tan innato y conforme con la naturaleza humana como amar el bien? ¿Y qué mayor bien que Dios? Más aún, ¿existe algún otro bien fuera de Dios²²? Así, pues, el alma santa con alguna experiencia del atractivo, esplendor y hermosura incomparable de tal bien, arde en la llama del amor y exclama: *“Siento sed del Dios fuerte y vivo, ¿cuándo iré a ver el rostro del Señor?”*²³

17. ¡Ojalá, hermano, no echas en saco roto los avisos de un amigo, ni prestes oídos sordos a las palabras del Espíritu Santo! ¡Ojalá, carísimo, respondas a mis deseos y a mi larga espera, para que mi alma no sufra por más tiempo inquietudes, temores y ansiedades por causa tuya! Pues si ocurriera – Dios no lo permita – que partieras de esta vida sin pagar la deuda de tu voto, me dejarías sumido en la más profunda tristeza, sin ninguna esperanza de consuelo.

18. Por ello te ruego encarecidamente que, al menos por devoción, te dignes venir como peregrino a San Nicolás y luego te des una vuelta por aquí para visitar a quien te aprecia como nadie. Podremos charlar juntos del estado de nuestras cosas, de nuestro modo de vida religiosa y de otros asuntos de común interés. Confío en el Señor que no te pesará el haber cargado con las molestias de tan largo viaje.

19. He sobrepasado los límites de una carta ordinaria: no pudiendo gozar de tu presencia, he querido permanecer conversando más largo rato contigo por escrito.

Te deseo sinceramente, hermano, que goces de buena salud por muchos años y que no olvides mi consejo.

Agradeceré me envíes la *Vida de san Remigio*, que no se encuentra aquí por ninguna parte. A Dios.

*

© Monastère de la Grande Chartreuse

²² Lc 18, 19.

²³ Sal 41, 3.

II. Carta de san Bruno a sus hermanos de Cartuja

1. Fray Bruno, a sus hermanos predilectos en Cristo: saludos en el Señor.

Por la detallada y consoladora relación de nuestro buen hermano Landuino²⁴, tengo noticia del inflexible rigor con que seguís una observancia razonable y verdaderamente digna de encomio. Me ha hablado de vuestro santo amor e infatigable celo por cuanto se refiere a la pureza de corazón y a la virtud. Por todo ello se alegra mi espíritu en el Señor²⁵. Sí, me alegro en verdad y me siento movido a alabar y dar gracias al Señor, y, sin embargo, suspiro amargamente. Me alegro, como es justo, el ver incrementarse los frutos de vuestras virtudes; pero me duelo y avergüenzo de permanecer estancado y negligente en la miseria de mis pecados.

2. Alegraos, pues, mis carísimos hermanos, por vuestra feliz suerte y por las abundantes gracias que la mano del Señor ha derramado sobre vosotros. Alegraos de haber escapado de los muchos peligros y naufragios del tempestuoso mar del siglo. Alegraos de haber alcanzado el reposo tranquilo y seguro del más resguardado puerto. ¡Cuántos lo han deseado, cuántos han luchado por ello y, sin embargo, no lo han conseguido! Otros muchos, después de haberlo alcanzado, son excluidos de él, porque a ninguno de ellos se le había concedido esta gracia de lo alto. Tened por cierto, hermanos míos, que todo el que llega a perder, por la causa que sea, este ansiado bien después de haberlo gustado, lo lamenta luego toda la vida, si tiene algún interés o preocupación por la salvación de su alma.

3. De vosotros, mis carísimos hermanos laicos, digo que mi alma glorifica al Señor²⁶ al ver las grandezas de su misericordia sobre vosotros, según el informe de vuestro Prior y padre amantísimo, que se siente lleno de gozo y santo orgullo por vosotros. También yo me alegro, pues aunque no seáis letrados, el Dios todopoderoso graba con su dedo en vuestros corazones²⁷, no sólo el amor sino también el conocimiento de su santa ley. Con vuestras obras, en efecto, demostráis lo que amáis y conocéis. Porque practicáis con todo cuidado y celo posibles la verdadera obediencia, que es el cumplimiento de la voluntad de Dios y la clave y el sello de toda observancia espiritual. Obediencia que no existe nunca sin mucha humildad y gran paciencia, y que siempre va acompañada del casto amor de Dios y de la verdadera caridad. Lo cual pone de manifiesto que recogéis sabiamente el fruto suavísimo y vital de las divinas Escrituras.

4. Permaneced, pues, hermanos míos, en el estado que habéis alcanzado, y evitad como la peste esa pandilla malsana de vanidosos legos que difunden sus escritos supersticiosos, musitando lo que ni entienden ni aman y contradiciéndolo con sus palabras y obras. Ociosos y giróvagos, murmuran de los buenos religiosos y se tienen por dignos de alabanza si infaman a quienes la merecen; toda regla u obediencia les resulta odiosa.

²⁴ Maestro Landuino, primer sucesor de san Bruno en Cartuja, era toscano, de la ciudad de Luca. Muy instruido en letras sagradas y profanas. Gobernó diez años el monasterio original de Cartuja, desde la partida de san Bruno para Roma. Fue a visitar a Maestro Bruno en Calabria, pero a su regreso cayó en manos de los cismáticos del antipapa Gilberto, al cual aborrecía. Con la ayuda de la divina gracia, ante todas sus amenazas y promesas, engaños o violencias, permaneció inflexible. Siete días después de la muerte del antipapa, del cual lloraba su error, murió también él, y fue enterrado en el monasterio de San Andrés, al pie del monte Soratte, que era vecino al pueblo donde lo tenían encarcelado. (*Crónica Magister*).

²⁵ Lc 1, 47.

²⁶ Lc 1, 46.

²⁷ Cf. 2 Cor 3, 3.

5. Quise retener conmigo a fray Landuino, por sus muchas y graves enfermedades. Pero él, como estando sin vosotros nada encuentra sano, alegre, confortante, ni provechoso, no ha consentido. Con muchas lágrimas y suspiros me ha demostrado en cuánta estima os tiene y con qué entrañas de perfecta caridad os ama a todos. Así que no quise presionarle en modo alguno, por temor de lastimarle a él o a vosotros, tan estimados para mí por el mérito de vuestras virtudes. Por esto, hermanos míos, os pongo de aviso y os ruego humilde y encarecidamente que la caridad que lleváis en vuestros corazones se manifieste en obras con vuestro Prior y padre amadísimo, suministrándole con atención y delicadeza cuanto necesite su quebradiza salud. Es posible que rechace vuestras atenciones y cuidados, prefiriendo poner en peligro su salud y aun su vida antes que omitir un punto de la penitencia corporal, pero esto evidentemente no puede permitirse. Quizá lo haga por rubor de verse en esto el último quien es el primero en la comunidad, temiendo que alguno de vosotros tome de ahí ocasión para hacerse más tibio o remiso, temor que juzgo totalmente infundado. Y para que no os veáis impedidos de prestarle este favor, os permito que hagáis, sólo en esto, mis veces y podáis obligarle respetuosamente a tomar cuanto hayáis preparado para mejora de su salud.

6. En cuanto a mí, hermanos, sabed que mi único deseo después de Dios es el ir a veros. Y en cuanto pueda lo haré, con la ayuda del Señor.

A Dios.

*

© *Monastère de la Grande Chartreuse*